

dijo tranquilamente Misard, pasados algunos segundos de silencioso examen.

Luego, volviéndose hacia Santiago, que se hallaba inmóvil, estupefacto, prosiguió:

—No hay que tocarlo, está prohibido..... Quédesse Ud. aquí custodiánlo, mientras yo voy á Barentin á dar parte al jefe de estación.

Levantó la linterna y miró á un poste kilométrico.

—¡Bueno! precisamente en el poste 153.

Y dejando la linterna en el suelo, se alejó despacio.

Santiago, solo ya, no se movía, mirando sin cesar á aquella masa inerte, que la vaga claridad rasante con el suelo dejaba confusa. Y la agitación que había precipitado su marcha, el horrible atractivo que lo detenía allí, le conducían á este punzante pensamiento que brotaba de todo su ser: ¡el otro, el hombre de la navaja se había atrevido! ¡había llegado hasta el fin de su deseo! ¡había matado! ¡Ah! ¡no ser cobarde, satisfacerse, clavar la navaja! A él, que lo devoraba el deseo hacía diez años! Había en su fiebre un desprecio de sí propio, cierta admiración por el otro, y sobre todo el deseo de ver aquello, la inextinguible sed de satisfacer los ojos con el pingajo humano, con el muñeco en que la navaja convierte á una criatura.

El otro había realizado lo que él soñaba. Si él matase tendría aquello en tierra. Saltábasele el corazón del pecho; su prurito de asesino se exasperaba como una concupiscencia ante el espec-

táculo de aquella trágica muerte. Y dió un paso, y se acercó más, como un niño nervioso que se familiariza con el miedo. ¡Sí! él se atrevería, ¡él también se atrevería!

Pero un rugido detrás de su espalda le obligó á echarse á un lado. Llegaba un tren, que él no había oído hasta entonces, absorto en su contemplación. Iba á ser triturado, el cálido aliento, el soplo formidable de la máquina acababa de advertírselo. Y el tren pasó, envuelto en su huracán de ruido, de humo y de luz. Iba lleno de gente, la ola de viajeros continuaba hacia el Havre para la fiesta del día siguiente. Un niño se aplastaba la nariz contra los cristales, mirando el negro campo; algunos perfiles de hombres se dibujaban, y una joven, bajando el cristal, arrojó un papel manchado de aceite y azúcar. El alegre tren se perdía á lo lejos, indiferente á aquel cadáver que había rozado con sus ruedas y cuyo cuerpo yacía en tierra vagamente alumbrado por la linterna, única claridad que se destacaba en la inmensa paz de la noche.

Entonces experimentó Santiago el deseo de ver la herida, mientras permanecía solo. Una sola inquietud le detenía, la idea de que, si tocaba la cabeza, lo notarían tal vez. Había calculado que Misard no podría estar de vuelta con el jefe de estación antes de tres cuartos de hora. Y dejaba pasar los minutos, pensando en Misard, en ese enteco, tan calmoso, que se atrevía también matando lo más tranquilamente del mundo á fuerza de drogas. ¡Cuán fácil era matar! Acer-

cóse otra vez; la idea de ver la herida lo aguijoneaba de tal modo, que sus carnes ardían. ¡Ver cómo había sido hecho aquello! ¡ver el agujero rojo! Volviendo á colocar con cuidado la cabeza, nadie lo notaría. Pero le quedaba otro temor, que no se confesaba, en el fondo de su vacilación, el miedo á la sangre. Siempre sentía unidos el espanto con el deseo. Pasó un cuarto de hora más y ya iba á decidirse, cuando un leve ruido, á su lado, le hizo estremecerse.

Era Flora, que se hallaba de pie, mirando como él. Tenía curiosidad por ver los accidentes: en cuanto se anunciaba el atropello de alguna persona ó de cualquier animal, no había cuidado que Flora dejase de ir. Ahora quería ver el muerto de que su padre hablaba. Y después de la primera ojeada, no vaciló. Bajándose y tomando la linterna con una mano, levantó y dejó caer en seguida con la otra la cabeza del que yacía á sus pies.

—¡Aparta, que eso está prohibido!—murmuró Santiago.

Pero ella se encogió de hombros. Y la cabeza se veía en la claridad amarillenta, una cabeza de anciano, con nariz grande y ojos azules y rasgados. Bajo la barbilla manaba la herida, una profunda cuchillada que había cortado la garganta, una herida dentro de la cual debió revolverse varias veces la cuchilla. El lado derecho del cuerpo estaba inundado de sangre. A la izquierda, en el ojal superior del paletot, la roseta de oficial de la Legión de Honor parecía un coágulo rojo extraviado.

Flora lanzó un leve grito de sorpresa.

—¡Toma! ¡el viejo!

Santiago, inclinado como ella, se acercaba y mezclaba sus cabellos con los del muerto para ver mejor; se sentía ahogado ante aquel espectáculo. Inconscientemente, repitió:

—El viejo, el viejo.....

—Sí, el viejo Grandmorin..... El presidente.

Examinaron un momento aquella pálida faz, con la boca torcida y los ojos espantados; luego soltaron la cabeza que la rigidez cadavérica comenzaba á helar, y volvió á caer sobre el suelo, tapando la herida.

—¡Acabó de jugar con las muchachas!—repuso Flora más bajo.—Seguramente le ha sucedido esto por causa de alguna..... ¡Ah! ¡pobre Luisita! ¡Bien empleado le está al muy cochino!

Reinó un largo silencio. Flora, que había dejado la linterna, esperaba, dirigiendo á Santiago sus miradas, mientras que éste, separado de ella por el muerto, no se había movido, como anonadado por lo que acababa de ver. Debían ser cerca de las once. Flora esperó todavía algunos minutos, asombrada del silencio que él guardaba. Después de la escena habida por la tarde, encontrábase cohibida y no podía hablar primero. Pero un ruido de voces se sintió: era su padre que venía con el jefe de estación; y no queriendo que la viesen, se decidió á preguntar á Santiago:

—¿No vienes á acostarte?

Estremeciése Santiago. Luego, haciendo un esfuerzo desesperado, dijo:

—¡No, no!

Flora no contestó una palabra, pero su actitud reveló gran sentimiento. Como para que la perdonase su resistencia de poco antes, mostróse humildísima y dijo al cabo:

—¿De modo que no te volveré á ver?

—¡No, no!

Las voces se aproximaban, y sin tratar de estrecharle la mano, supuesto que parecía poner á propósito el cadáver en medio, sin siquiera darle el familiar adiós del compañerismo de la infancia, alejóse Flora y se perdió entre las tinieblas, ahogando un sollozo.

Enseguida llegó el jefe de estación con Misard y dos mozos. También probó la identidad del cadáver: era el presidente Grandmorin, á quien conocía, por haberlo visto bajar en la estación siempre que iba á casa de su hermana, la señora Bonnehon, en Doinville. El cuerpo tenía que permanecer en el sitio donde estaba, y solamente mandó que lo cubriesen con una capa que uno de los hombres traía. Un empleado había recibido la orden de salir de Barentin en el tren de las once, para ir á poner el hecho en conocimiento del Procurador general en Rouen. Pero no se podía contar con él antes de las cinco ó las seis de la mañana, pues tendría que traer al juez de instrucción, al escribano y á un médico. El jefe de estación organizó un servicio de guardia junto al muerto; durante toda la noche, mediante relevos, estaría allí constantemente un hombre vigilando con la linterna.

Y Santiago, antes de decidirse á ir á echarse bajo algún cobertizo de la estación de Barentin, de donde no debía salir para el Havre hasta las siete y veinte, permaneció mucho tiempo inmóvil, absorto. Después le turbó la idea del juez de instrucción que aguardaban, cual si hubiese sido cómplice del asesinato. ¿Diría lo que había visto al pasar el exprés? En un principio resolvió hablar, puesto que, en suma, nada tenía que temer. Además, su deber no era dudoso. Pero después cambió de opinión, toda vez que no podía dar á conocer un sólo hecho decisivo ni se atrevería á fijar ningún detalle preciso sobre el asesino. Necia cosa fuera meterse donde no le llamaban para perder el tiempo y emocionarse sin provecho de nadie. No, no, no hablaría. Y se fué, volviéndose dos veces para ver el bulto negro que formaba el cuerpo sobre el suelo, en medio de la redonda claridad de la linterna. Un frío intenso se dejaba sentir en aquel desierto. Habían pasado varios trenes y llegaba otro muy largo con dirección á París. Todos se cruzaban en su inexorable poder mecánico, rozando la cabeza medio cortada de aquel hombre á quien otro había degollado.

III

Al día siguiente, domingo, acababan de dar las cinco de la mañana en todos los relojes del